

JOSE M.<sup>a</sup> JORDAN GALDUF\*

## Teoría y Política Económica: la consideración de la Economía como una ciencia aplicada y prescriptiva

---

### 1. INTRODUCCION: CIENCIA PURA VERSUS CIENCIA APLICADA

Una clasificación habitual de la ciencia es la que distingue las ciencias formales de las ciencias factuales o empíricas. Las primeras —entre las que hallan la Lógica y la Matemática— se dicen que estudian ideas, en tanto que las segundas —que cabe subclasificar en ciencias naturales y ciencias culturales o sociales— estudian hechos. Es decir, según Mario Bunge, las ciencias factuales o empíricas aspiran a decir algo sobre la realidad, construyendo “reproducciones conceptuales de las estructuras de los hechos, o sea, teorías factuales”.<sup>1</sup> Delimitar entre las mismas el ámbito de las ciencias sociales no es fácil, pero podemos aceptar como definición general lo que ofrece la *Enciclopedia of the Social Sciences*, según la cual son ciencias sociales “todas aquellas cuyo objeto es el conocimiento científico de las actividades de los individuos como miembros de un grupo”.<sup>2</sup> Y bien, naturalmente, entre las mismas aparece la Economía, calificada por Fabian Estapé como “una ciencia empírica consagrada al estudio y predicción de los fenómenos económicos”.<sup>3</sup>

Otra clasificación no tan habitual, ni tan compartida, de la ciencia es la que a veces se establece entre ciencia pura y ciencia aplicada. La primera —se dice— persigue un fin puramente cognoscitivo, en tanto que la segunda persigue fines fundamentalmente prácticos. Se añade, además, que no sólo los fines, sino también las actitudes y motivaciones

\* Política Económica. Universidad de Valencia.

1. M. Bunge: *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, Ariel, Barcelona 1969, pág. 191.

2. Citado por A. Fernandez Díaz y L. Rodriguez Saiz: *Introducción y Metodología de la Política Económica*, ICE. Madrid, 1982, pág.

3. F. Estapé: “Los isomorfismos y el análisis económico”, en *Cuadernos de Economía*, núm. 24, enero-abril de 1981, pág. 117.

son diferentes en el investigador de una u otra clase de ciencia. Nos parece discutible esta diferenciación, o cuando menos creemos que resulta muy difícil trazar una clara línea divisoria entre ambos campos de estudio y de investigación. La ciencia, en general, apunta a la satisfacción de necesidades de una u otra naturaleza. Como ha indicado Mario Bunge, "las necesidades prácticas son una fuente de problemas científicos... investigar es investigar problemas".<sup>4</sup>

Ahora bien, tal distinción se ha llevado al campo de la Economía. Así, algunos autores se muestran partidarios de aislar la investigación básica en Economía de la resolución de problemas prácticos. Es el caso, por ejemplo, de G.J. Stigler.<sup>5</sup> Y, de forma parecida, Alfonso Barceló sugería recientemente que "la teoría económica no debe responder directamente a los problemas que aquejan a los hombres o a las clases y grupos sociales".<sup>6</sup> Por el contrario, otros autores entienden las cosas de modo muy distinto. Así, Maurice Dobb no ha dudado en afirmar que la Economía constituye esencialmente una ciencia aplicada vinculada muy de cerca a los problemas económicos y a las políticas reales.<sup>7</sup> Nuestra posición se acerca a la de Maurice Dobb, y el objeto de este artículo estriba precisamente en desprender algunas reflexiones, centradas en la relación entre la teoría y la política económica, a partir de la consideración de la Economía como una ciencia social de carácter aplicado y prescriptivo. Dividiremos nuestra exposición en tres apartados: en primer lugar, caracterizaremos a la Política Económica como Economía Política y como proceso decisional; en segundo lugar, incidiremos en la conocida controversia positivo-normativa en Economía; y, en tercer lugar, abordaremos de lleno el tema de la relación entre la Teoría y la Política Económica.

## 2. LA POLITICA ECONOMICA COMO ECONOMIA POLITICA Y COMO PROCESO DECISIONAL

Hace ya algunos años, Lunghini recogía en un conocido artículo algunas de las diversas definiciones existentes sobre Política Económica. Dichas definiciones iban desde las que concebían la misma como un estudio descriptivo de la intervención estatal en el proceso económico, hasta las que la contemplaban como una rama de la ciencia política, pa-

4. M. Bunge: *Ob. cit.*, pág. 191.

5. G.J. Stigler: "The influence of events and policies on economic Theory", en *American Economic Review*, mayo 1960.

6. A. Barceló: *Reproducción económica y modos de producción*, ed. del Serbal, Barcelona 1981, pág. 20.

7. M. Dobb: *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith*, Siglo XXI, Buenos Aires 1975, pág. 28.

sando por aquellas otras que se referían a la Política Económica como una ciencia aplicada, como una técnica económica, como un arte económico e, incluso, como una ciencia normativa.<sup>8</sup>

En la actualidad, la misma gama de definiciones sigue, en gran medida, vigente, si bien predominando, entre ellas, dos particularmente. En primer lugar, la relativa a que la Política Económica constituye un mero análisis descriptivo de la acción gubernamental en asuntos económicos, de la que quizás sean representativos los trabajos del holandés E.S. Kirschen.<sup>9</sup> Y, en segundo lugar, la que se refiere a la Política Económica como una pura "contrapartida normativa de la teoría macroeconómica", como así la definía hace poco el inglés G.K. Shaw.<sup>10</sup>

Algunos autores han distinguido también lo que es la política económica como "praxis" de lo que es la política Económica como disciplina o campo de estudios, es decir, como una determinada parcela en el estudio de la ciencia económica.<sup>11</sup> Así, para J.R. Cuadrado, "tomar la expresión 'política económica' en sentido unívoco, sería incidir en una de las confusiones más notables y frecuentes al tratar estos temas, como consecuencia de no distinguir la política económica tomada como 'praxis', de la Política Económica como tratamiento científico de las acciones que llevan a cabo Estado y otras instituciones para dirigir la economía hacia el logro de unos fines determinados".<sup>12</sup> Y el italiano Francesco Forte señalaba asimismo que "la política económica como actividad consiste en el empleo por parte de los diferentes centros de poder, tanto públicos como privados, de medios de acción sobre el sistema económico para la consecución de unos fines dotados de valor político. . . La ciencia de la política económica estudia tales actividades y sus efectos, las maneras para dirigirlas efectivamente a lo que, partiendo

8. G. Lunghini: "Attorno alle definizione di politica economica". *L'Industria*, Milan 1961, núm. 2.

9. Este autor ha definido la Política Económica como "la intervención deliberada del Gobierno en los asuntos económicos para conseguir sus fines", o como "el proceso a través del cual el Gobierno, a la luz de sus fines políticos generales, establece la importancia relativa de ciertos objetivos, utilizando, si es preciso, instrumentos o cambios institucionales en el intento de alcanzar aquellos objetivos". Véase, respectivamente, E.S. Kirschen y otros: *Política económica contemporánea. Teoría General*. Oikos, Barcelona, 1969; y E.S. Kirschen y otros: *Nueva Política económica comparada*, Oikos Barcelona, 1978.

10. G.K. Shaw: *Introducción a la teoría de la Política Macroeconómica*, ICE, Madrid, 1974, pág. 21.

11. Nosotros realizábamos esta distinción en el libro *Introducción a la Política Monetaria. General y de España*. Tucur, Madrid, 1976, pág. 47.

12. J.R. Cuadrado Roura: "Reflexiones en torno al concepto y ámbito de la Política Económica como disciplina", en *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, núm. 6. Málaga, abril de 1980.

de los valores que se admitan como aceptables, resulta ser el 'buen gobierno'".<sup>13</sup>

Por supuesto, vale la pena realizar esta distinción como punto de partida y aclarar que aquí nos estamos refiriendo exclusivamente a la Política Económica como actividad intelectual, la cual incluye en su objeto de estudio a la política económica como "praxis". Esta política práctica requiere un conocimiento analítico previo, el cual, junto a unos juicios de valor concretos, guiará coherentemente aquella intervención estatal en el proceso económico. Por otra parte, la política económica como "praxis" forma parte de la política general y, como tal, supone un proceso conflictivo de elaboración de decisiones para la resolución de problemas, en nuestro caso de problemas económicos. Todo lo cual amplía y complica notablemente nuestro objeto de estudio.

Pero bien, tras esta conveniente distinción y aclaración, y frente a las definiciones anteriores, creemos de interés poner énfasis en dos aspectos a nuestro juicio cruciales, de la Política Económica:

a) Por un lado, el hecho de que la Política Económica constituye una parte difícilmente desgajable de la Economía Política, entendida ésta en su sentido más primitivo y global, y resaltando, como hace Jané Solá, el adjetivo "política" para indicar que los fenómenos económicos no pueden separarse del entorno social en que se hallan inmersos.<sup>14</sup> Es decir, se trata de entender la Economía como una ciencia abierta, o como indica Salvador Condominas, de entender el sistema económico como un sistema abierto.<sup>15</sup> A la postre, como ha señalado M. Bunge "la sociedad es un sistema del cual la economía no es sino un subsistema" y "puesto que la economía estudia tan sólo uno de los subsistemas de la sociedad, debiera interactuar vigorosamente, y eventualmente acomodarse, con todas las otras ciencias sociales, en particular la sociología y la politología".<sup>16</sup>

b) Por otro lado, el hecho de que la Política Económica tiene por sustantivo, precisamente, "la política", lo cual nos conduce, de inmediato, al terreno de la elaboración de decisiones respecto a la resolución de los problemas económicos de la sociedad. Y aquí habría que citar de nuevo a Bunge cuando afirma que "no hay problemas puramente económicos. Lo que comunmente llamamos 'problemas económicos' son problemas *sociales* multidimensionales que involucran no sólo la econo-

13. F.Forte: *Manual de Política Económica*, Oikos, Barcelona 1980, volumen 1, pág. 157.

14. J. Jané Solá: "Por una estructura operativa de la Política Económica", en *Revista Española de Economía*, enero-abril de 1974, pág. 11.

15. S. Condominas Ribas: *La Economía como sistema*, publicación núm. 12 de la Facultad de Ciencias Económicas de Barcelona, año 1970.

16. M. Bunge: *Economía y filosofía*, Tecnos, Madrid, 1982, pág. 60 y 76.



mía, sino también la política y la cultura, y ello simplemente porque cada uno de estos es un subsistema de la sociedad".<sup>17</sup> Desde otra disciplina, Murillo Ferrol reclamaba también un "esfuerzo interdisciplinar" conjunto entre las ciencias política y económica,<sup>18</sup> y Jean Meynaud destacaba a su vez los numerosos factores cuyo análisis corresponde a la ciencia política y que son susceptibles de influir sobre la acción económica gubernamental; entre otros, la estructura y modo de funcionamiento de las instituciones, el juego de las fuerzas que pesan sobre los centros de decisión, las actitudes y conductas de funcionarios y parlamentarios, etc.<sup>19</sup>

A la postre, un análisis en profundidad de ambos aspectos remarcados de la Política Económica implica la necesidad de superar concepciones como las anteriormente señaladas, al tiempo que orienta nuestra atención hacia otra visión más abierta y global de la Política Económica.

En definitiva, hay autores que ven en la Política Económica una simple Economía Aplicada, desligada de la "ciencia económica" por lo que aquella tiene o puede tener de "impuro" (juicios de valor, intereses, etc.). Precisamente, huyendo de toda "impureza", otros autores se han querido refugiar en una teoría de la política económica a mitad de camino entre la teoría económica y la economía aplicada. Para estos autores, se trata de edificar una Política Económica "científica", dándole la vuelta o invirtiendo a la teoría económica. Es decir, lo que en esta última son causas, en aquella son medios; lo que en esta son efectos, en aquella serán fines.

A mi modo de ver, aunque estas corrientes de pensamiento han aportado mucho a la disciplina, no constituyen una alternativa suficientemente válida para la Política Económica. De hecho, si la Política Económica es "impura", la Teoría Económica también lo es. Ambas forman parte, estrechamente unidas, de la ya denominada por los economistas clásicos Economía Política, una ciencia social cuyo objeto es el estudio de la dinámica económica de la sociedad (la producción y distribución de bienes, la creación y asignación del Excedente o Producto Social Neto, el cuanto y cómo se crece, etc. . .). Ello significa que lo económico, lo social y lo político se hallan fuertemente interrelacionados, y que el objeto de la Economía Política participa del objeto de las demás ciencias sociales (la historia, la sociología, la antropología, la ciencia política, la psicología, etc. . .). También significa que la forma de

17. *Ibidem.*, pág. 56.

18. F. Murillo Ferrol: "la nueva Economía Política (notas deshilvanadas desde la perspectiva de la ciencia política)" en *Hacienda Pública*, núm. 34, 1975.

19. J. Meynaud: *La elaboración de la política económica*, Tecnos, Madrid 1969, págs. 17-18.

ver el mundo influirá notablemente en las realizaciones de la ciencia social, y en nuestro caso de la Economía. Tanto en lo que respecta a la teoría económica como a la política económica, si es que es posible separarlas.

### 3. LA CONTROVERSIAS POSITIVO-NORMATIVA EN LA ECONOMIA POLITICA

Ha sido, y sigue siendo todavía, una opinión muy extendida que el científico, como científico, debe ocuparse de "lo que es" (de formular proposiciones positivas) más que de "lo que debe ser" (proposiciones normativas). El desacuerdo entre las proposiciones positivas puede resolverse apelando a los hechos, en tanto que las proposiciones normativas dependen de juicios de valor y el desacuerdo entre ellas deriva, simplemente, de concepciones distintas sobre lo que es bueno y es malo. Y bien, en la Economía Política tal cosa ha llevado a trazar una firme línea divisoria entre una Economía Positiva y una Economía Normativa. La primera equivaldría a la Teoría Económica (análisis y hechos económicos), en tanto que la segunda, que aplica el análisis económico bajo la dirección de unas determinadas valoraciones, sería la Política Económica. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, no es tan fácil trazar esta férrea línea de separación, aunque el enfoque que caracterice a la teoría económica sea fundamentalmente causal y el de la Política Económica teleológico. A veces, incluso, el trazar dicha línea de separación puede originar una cierta confusión y ser contraproducente. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que nos debamos de abstener de llevar a cabo una seria discusión sobre el papel de los juicios de valor en el discurso y la investigación científica, ni que el conocimiento objetivo sea intrínsecamente imposible en una ciencia social como la Economía.

Sin duda, la distinción entre una Economía Positiva y una Economía Normativa no es reciente en la historia del pensamiento económico. Como ha estudiado Hutchison, los intentos explícitos, sistemáticos y continuados para distinguir en la Economía Política las proposiciones positivas de las recomendaciones políticas y de los postulados éticos, se remontan a mediados del siglo XIX, con J.S. Mill y Senior, aunque pueden encontrarse precedentes en otros autores.<sup>20</sup> Desde entonces existe una tradición que pasa a través de Cairnes, Sidwick, J.N. Keynes, Pareto y Max Weber, que preconiza la necesidad de una separación clara entre lo positivo y lo normativo en Economía. Anteriormente, como se men-

20. T.W. Hutchison: *Economía Positiva y objetivos de política económica*, ed. Vicens Vives, Barcelona 1971.

cionó, no se entendía que hubiera necesidad de esta separación: la obra de los Fisiócratas y de los Economistas Clásicos se produjo dentro del marco de la filosofía de la Ley Natural, en donde lo positivo y lo normativo aparecían íntimamente unidos. En la segunda mitad del siglo XIX gran parte de la distinción metodológica entre lo positivo y lo normativo fue llevado a cabo en términos de la ciencia y el arte de la Economía Política. Y ahí es donde caben situar, como recordaremos, las aportaciones de J.N. Keynes a la materia, recomendando la siguiente clasificación de los problemas: a) estudio científico "positivo" de las leyes económicas; b) Economía Política aplicada, basada en un campo más amplio de materiales empíricos e institucionales, e interesada en preceptos prácticos para alcanzar determinados fines; y c) normas y criterios éticos necesarios para formular recomendaciones políticas.

La tradición "ortodoxa" continúa, como hemos dicho, con Pareto y Max Weber. Precisamente, es interesante señalar, a partir de aquí, el surgimiento, desde una filosofía utilitarista, de la Economía del Bienestar, asociada inicialmente a los nombres de Pigou y Pareto, en un intento de hacer también de la Economía Normativa una ciencia neutral; es decir, de construir una Política Económica "objetiva". No es este el momento de tratar dicho tema. Ahora nos interesa seguir el hilo de la tradición e indicar que, incluso Robbins, con quien culmina la concepción hipotético-deductiva de la ciencia económica, insiste en trazar "un abismo lógico entre las generalizaciones de lo positivo y lo normativo". Y más tarde, en los años cincuenta, cuando el "positivismo lógico" y Popper están influyendo ya decisivamente en los planteamientos metodológicos de la ciencia económica, la tradición "ortodoxa" encontrará su mejor representante en Milton Friedman, para quien, "la economía puede ser, y en parte lo es, una ciencia positiva. . . La economía positiva es independiente, en principio, de cualquier posición ética o de cualesquiera juicios normativos".<sup>21</sup> Como ha señalado L. Gámir, "la separabilidad no se fundamentará ahora en un deductivismo formal y en la distinción entre medios y fines, sino en una economía positiva basada en el establecimiento de teorías y su contrastación (metodología claramente popperiana). Será éste el camino para constituir a la economía como ciencia de lo que es y no de lo que debe ser".<sup>22</sup>

Ahora bien, la tradición "ortodoxa" no ha sido, por supuesto, ni única ni universal. Por no remontarnos más atrás en la historia, diremos que en 1929 Gunnar Myrdal publica una obra en la que demuestra que la norma metodológica de la distinción positivo-normativa, después de

21. M. Friedman: *Ensayos sobre Economía Positiva*, Gredos, Madrid 1967, primer capítulo.

22. L. Gámir: *Apuntes sobre Introducción a la Política Económica*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Complutense, Madrid 1975, pág. 16.

muy predicada, no había sido observada o mantenida por los economistas, y en particular por los economistas ortodoxos. En nombre de la ciencia pura, estos habían introducido continuamente valoraciones en sus obras.<sup>23</sup> Por entonces, y a pesar de lo dicho, Myrdal todavía creía que cuando se eliminaran radicalmente todos los elementos metafísicos quedaría un cuerpo saludable de teoría económica positiva, totalmente independiente de valoraciones. Un cuerpo de teoría del que cabría inferir unas conclusiones políticas, añadiendo simplemente al conocimiento científico—objetivo de los hechos un conjunto seleccionado de premisas valorativas. Sin embargo, en ediciones posteriores de la citada obra, concretamente en 1953, él mismo calificaría como un “empirismo ingenuo” la creencia implícita en la existencia de un cuerpo de conocimiento científico adquirido independientemente de toda valoración. Así, nos dirá: “los hechos no se organizan ellos solos en conceptos y teorías nada más que con contemplarlos; en realidad, excepto dentro del marco de los conceptos y de las teorías, no hay hechos científicos, sino solamente caos. En todo trabajo científico hay un elemento apriorístico que no puede escapárseles. Antes que puedan darse respuestas es preciso formular los interrogantes, los cuales son una expresión de nuestro interés en el mundo; son, en el fondo, valoraciones. Las valoraciones están así implicadas ya necesariamente en la etapa en que observamos los hechos y continúan presentes en el análisis teórico, y no sólo en la etapa en que sacamos inferencias políticas de los hechos y las valoraciones”.<sup>24</sup> El pensamiento de Myrdal evoluciona, en efecto, con el paso del tiempo, y en obras posteriores nos llegará a decir: “ha sido un intento extraviado de la ciencia social durante poco más de un siglo, tratar de hacer ‘objetivos’ nuestros principales conceptos cargados de valor al dar de ellos una definición puramente científica, en apariencia libre de cualquier asociación con valoraciones políticas”.<sup>25</sup> “Jamás ha existido una ciencia social desinteresada, y, por razones lógicas, no puede existir. . . nuestros conceptos están cargados de valores. . . no pueden ser definidos sino en términos de valoraciones políticas”.<sup>26</sup>

Para Gunnar Myrdal resulta, pues, imposible desasirse de las valoraciones. No obstante, lo que sí podemos hacer es explicar nuestros juicios de valor a la hora de realizar nuestra investigación, esclareciendo de qué premisas partimos y por qué partimos de las mismas, con lo cual evitamos un cierto camuflaje y también toda posible desorientación. En ese sentido, Myrdal nos decía hace unos años: “los medios lógicos

23. G. Myrdal: *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*, Gredos, Madrid 1961.

24. *Ibidem*, pág. 9.

25. G. Myrdal: *Solidaridad o desintegración*, F.C.E. México, 1962, pág. 438.

26. G. Myrdal: *Value in Social Theory*, citado por T.W. Hutchison: *ob. cit.*, pág. 2.

disponibles para protegernos de la desorientación son, en general, los siguientes: desarrollar una conciencia total de las valoraciones que determinan realmente nuestra investigación teórica y práctica, observar esas valoraciones desde nuestro punto de vista respecto a la relevancia, significación y factibilidad en la sociedad estudiada, transformarlos en premisas específicas de valor para la investigación, determinar el enfoque y definir los conceptos en términos de un conjunto de premisas de valor explícitamente asentadas”.<sup>27</sup>

Otro importante autor que, con independencia de G. Myrdal, realizará a finales de los años cuarenta una interesante aportación a la materia, frente a la tradición “ortodoxa”, es J.A. Schumpeter.<sup>28</sup> Para este autor, “el trabajo analítico va necesariamente precedido por un acto preanalítico de conocimiento que suministra el material en bruto del esfuerzo analítico”. Schumpeter llama “visión” a este acto cognoscitivo preanalítico, y esa “visión es ideológica casi por definición”. Según dicho autor, “el esfuerzo analítico empieza una vez que hemos concebido nuestra visión del conjunto de fenómenos que atrae nuestro interés, con independencia de que ese conjunto se encuentre en tierras vírgenes o en suelo ya previamente cultivado”. Desde luego, “el trabajo factual y el trabajo ‘teórico’, entrando en una relación infinita de toma y daca, poniéndose recíprocamente a prueba de un modo natural y planteándose el uno al otro tareas nuevas, acabarán produciendo *modelos científicos*”, pero, “debería estar completamente claro que la ideología tiene anchas puertas para penetrar en ese proceso”. De todas maneras, Schumpeter confía en que la estricta observación de las reglas del procedimiento científico tienda, al menos, a extirpar errores y a depurar nuestra visión inicial.

En la década de los años cincuenta, y a partir de la obra de G. Myrdal, parece producirse una ola de escepticismo y de críticas con respecto a las opiniones confiadamente positivistas de la tradición “ortodoxa”. Así, un autor como Smithies sostendrá que “casi ninguna teoría económica puede ser considerada como ideológicamente neutral. y que “parece difícil mantener una distinción tajante entre análisis e implicaciones políticas”.<sup>29</sup> Y en el mismo sentido se expresarán otros autores como Paul Streeten, A.W. Coats, V.L. Allen, etc.

Por otra parte, Joan Robinson indicaba en 1962 que “la gran dificultad de las ciencias sociales, al tratar de aplicar el método científico, es que todavía no se ha establecido una norma fija para la refutación de

27. G. Myrdal: *Objetividad en la investigación social*, F.C.E. México, 1970, pág. 9.

28. Véanse de J.A. Schumpeter: *Historia del Análisis Económico*, Ariel, Barcelona 1971, págs. 77-84, y el capítulo “Ciencia e ideología”, en su libro *Ensayos*, Oikos Tau, Barcelona 1968, págs. 273-287.

29. Citado en el libro de T.W. Hutchison: *ob. cit.*, pág. 40 y siguientes.

una hipótesis. Sin la posibilidad de una experimentación controlada, tenemos que basarnos en la interpretación de la evidencia, y toda interpretación supone ya un juicio: no es posible, por lo tanto, obtener una respuesta exacta".<sup>30</sup>

Ahora bien, T.W. Hutchison, ante la ola de escepticismo y críticas frente a la tradición ortodoxa, nos advierte de lo siguiente. Esta tradición ha optado, desde luego, "por la solución fácil al limitarse a proclamar una distinción tajante entre lo normativo y lo positivo, como queriendo dar a entender con ello que la simple proclamación de la misma garantiza que es fácil de mantener, que son fáciles también de excluir de la ciencia económica o de la economía positiva los juicios de valor y los prejuicios". Pero, "la simple proclamación de la ubicuidad e inevitabilidad de los juicios de valor, sin examinar precisamente en qué momentos intervienen y hasta qué punto son inevitables, no hace sino propagar una especie de irremediable escepticismo, o relativismo, en cuanto al éxito de los intentos para alcanzar unas normas de disciplina".<sup>31</sup> Ello puede hacernos pasar, según Hutchison, de un sano escepticismo a un total oscurantismo, e incluso al cultivo de sofisticadas propagandas rivales. Por ello, dicho autor se lanza a estudiar el "origen e importancia de los juicios de valor en la Ciencia Económica", analizando los principales tipos de juicios de valor, los estadios en que los mimos intervienen y hasta qué punto intervienen o invalidan las pretensiones de objetividad científica. Este análisis lo lleva a cabo Hutchison centrándose en los siguientes temas: 1) Juicios de valor "precientíficos" inevitables (implicados tanto en la adopción de los criterios o reglas de procedimiento del método de investigación como en la elección de los problemas a estudiar; 2) Ideología, "visión" y presupuestos políticos; 3) Lenguaje persuasivo y conceptos cargados de valor; 4) La parcialidad en las hipótesis y su contrastación; 5) Parcialidad y objetividad en la historia y en la selección histórica; 6) Parcialidad y selección de causas y "determinantes"; 7) La parcialidad en las predicción económicas, y 8) La selección de hipótesis.<sup>32</sup>

Por supuesto, nos parece muy prudente la advertencia hecha por Hutchison, así como de gran interés el estudio que dicho autor lleva a

30. J. Robinson: *Filosofía Económica*, Gredos, Madrid 1966, pág. 28.

31. T.W. Hutchison: *Ob. cit.*, pág. 46. El término "escepticismo", o "relativismo" lo emplea este autor en el mismo sentido en que lo define Popper en su libro *La Sociedad abierta y sus Enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1957. Es decir, como "la teoría según la cual la elección entre teorías en pugna es arbitraria, dado que o bien no existe la verdad objetiva, o bien, si existe, no hay una teoría que sea cierta o, en cualquier caso, que se halle (aún cuando quizá no sea cierta) más cerca de la verdad que otra teoría, o bien, si existen dos o más teorías, no hay forma o medios para decir si una de ellas es mejor que la otra".

32. *Ibidem.*, págs. 48-121.

cabo. Pero, en todo caso, y como conclusión nuestra a este apartado, diríamos, siguiendo a Gunnar Myrdal, que: se puede defender la *objetividad* en las ciencias sociales, y en particular en la Economía, sin tener que creer en su *neutralidad*. La objetividad descansa en la idea de que el conocimiento científico sea contrastable y comunicable, y exige la explicitación, pero no la ausencia, de los juicios de valor. La neutralidad implica, por el contrario, la ausencia de estos juicios de valor. La creencia en la objetividad (si bien no en la neutralidad) de la Economía Política, obliga a no descuidar el rigor en el discurso analítico. Un rigor que nos ayudará, también, a contrastar la coherencia de nuestros juicios de valor.

Y a parecidas conclusiones parece llegar L.A. Rojo cuando acepta "la inevitabilidad de la infiltración de cargas ideológicas" en la Economía. En efecto, según este autor, las realidades sociales sólo son inteligibles "dentro de una visión global histórica necesariamente alcanzada desde criterios interpretativos cargados de valoración". Lo que hemos de exigir al economista, precisa Rojo, no es que renuncie a toda carga ideológica "sino que admita que ninguna interpretación de los materiales socio-históricos puede entenderse única y excluyente; que practique, en consecuencia, la discusión racional de interpretaciones ofrecidas desde otros criterios valorativos". En suma, acaba diciendo este autor: "Hay una necesidad de impulsar el conocimiento positivo en Economía y de respetar, en las interpretaciones de la realidad, los hechos observados y las relaciones empíricas bien establecidas. Pero la Economía no puede agotarse en un estrecho positivismo, y el economista, enfrentado con los acuciantes problemas socioeconómicos, no puede abstenerse de ofrecer interpretaciones por el hecho de que ello le lleve inevitablemente a utilizar visiones globales articuladas infiltradas de una filosofía social valorativa. Si la Economía aspira a ser un auténtico conocimiento social, ha de adentrarse en el terreno conflictivo de la valoración social, que queda más allá de lo estrictamente empírico, y donde lo económico sólo adquiere significación en su interrelación con las demás esferas de lo social. Pretender la práctica de un estricto empirismo ante las realidades socio-económicas concretas, no equivale, simplemente, a renunciar a comprender; implica, además, una posición ideológica larvada".<sup>33</sup>

Este interesante párrafo de Rojo nos da pie, precisamente, a pasar al siguiente epígrafe, en donde seguimos profundizando algunas de las ideas hasta aquí apuntadas. En particular, va a cobrar para nosotros un enorme interés esa idea relativa a que el economista ofrece sus interpre-

33. L.A. Rojo: "El método empírico y el conocimiento económico", en la obra colectiva *Ensayos de Filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid 1970, págs. 105-107.



taciones enfrentado a la problemática socio-económica que se halla viviendo. Y se acerca a la misma desde “una visión global articulada infiltrada de una filosofía social y valorativa”.

#### 4. LA INTERRELACION ENTRE LA TEORIA Y LA POLITICA ECONOMICA

Se ha dicho que, como rama de la ciencia económica, la Política Económica descansa en la Teoría Económica. Es decir, toda política económica presupone un cierto análisis económico. Este aporta una interpretación de la realidad económica que constituye una base fundamental para la Política Económica. En efecto, como ha indicado Kirschen, la teoría económica le suministra a la política económica “una descripción del sistema económico; le ayuda a traducir los fines a objetivos económicos; y los objetivos a cifras—objetivos; suministra previsiones de lo que le ocurrirá a la economía si no se adopta ningún tipo de actuación política, y de cuales serán las consecuencias de la utilización de los diversos instrumentos y de los cambios institucionales”. De otra parte, prosigue Kirschen, “para los economistas la política económica cumple, hasta cierto punto, la misma función que los experimentos para los físicos”: mediante el estudio de los efectos producidos por las actuaciones de política económica se puede mejorar el conocimiento sobre el funcionamiento del sistema.<sup>34</sup>

No obstante, Spengler ha señalado también las limitaciones que puede tener la aplicación de la Teoría a la Política Económica,<sup>35</sup> que son, entre otras, las siguientes.

En primer lugar, la derivada del mayor o menor realismo de las hipótesis teóricas: así, una política que parece posible bajo ciertas hipótesis, puede resultar imposible en la práctica porque las hipótesis en cuestión no se encuentren en relación suficiente con la realidad subyacente. En segundo lugar, la capacidad de la teoría para contribuir a la formulación de la Política Económica puede encontrarse limitada por lo enorme variedad de las combinaciones de política económica entre las que cabe elegir y, sobre todo, por la inevitable disposición de los teóricos —especialmente cuando se enfrentan con tal variedad o con situaciones muy complejas— a incurrir en una excesiva simplificación a nivel teórico. En tercer lugar, la utilidad de la teoría puede estar limitada al no disponer de los datos empíricos necesarios. En cuarto lugar, en razón de ciertos accidentes históricos o de cambios imprevistos que pue-

34. E.S. Kirschen y otros: *Nueva política económica comparada*, ob. cit., pág. 20.

35. J.J. Spengler y otros: *Economía y Política*, Rialp, Madrid 1968, págs. 45—49.



den modificar las relaciones funcionales y las formulaciones que se derivan de una determinada teoría o modelo económico. Y en quinto lugar, por no revelar la teoría económica si las relaciones que la componen son causales unidireccionales o no lo son, información ésta que le interesa tanto a la Política en función de las consecuencias que cabe siempre esperar determinadas acciones.

Lo dicho no quita, sin embargo, que detrás de toda política económica se halle siempre una cierta teoría económica o interpretación analítica. Ni que toda teoría económica presuponga siempre, también, una determinada política económica. Como veremos a continuación, la estrecha interrelación existente entre Teoría y Política Económica no es sino una consecuencia del carácter aplicado o prescriptivo de la Economía Política, la cual no constituye, evidentemente, lo que se ha llamado una "ciencia pura". Por el contrario, la misma pretende responder a los problemas económicos de las colectividades "humanas".

En efecto, la Economía Política se ha tratado de plantear, en cada contexto espacial e histórico, la problemática acuciante que padecía la sociedad. Por ello, la misma no ha dejado de prefigurar, a través de toda explicación, un determinado tipo de respuestas de carácter político. O, dicho de otro modo: problemática, teoría y política económica se han visto fuertemente interrelacionadas a través de la historia. Los problemas económicos que han surgido en cada etapa histórica han supuesto siempre un reto a la teoría y a la política económica imperante en el período. Por otra parte, la interpretación que se hacía de estos problemas y el tipo de política aplicada no eran independientes entre sí, ni de alguna determinada ideología o visión del mundo.<sup>36</sup>

Como llegó a indicar Dobb en uno de sus últimos trabajos,<sup>37</sup> en Economía, como en cualquier ciencia social, las teorías siempre han de poseer un *contenido* (por mucho o poco aparato analítico o formal que les revista). Este contenido consiste, en Economía, en algún tipo de afirmación sobre la forma y funcionamiento del proceso económico real.

En consecuencia, una teoría es siempre relevante respecto a su *poder de diagnóstico*. Esto es, se elige entre distintas estructuras teóricas poniendo énfasis en un determinado tipo de factores y relaciones, en tanto que se ocultan o excluyen otros; de esta manera, se permite una cierta interpretación y predicción de los fenómenos y no otras. La

36. Esta idea la expusimos ya en nuestro libro *Introducción a la Política Monetaria. General y de España*, ob. cit. y fue desarrollada algo más en otros de nuestros trabajos, en concreto en *La Política Económica como Economía Política. Economía Social de Mercado, Socialdemocracia y Socialismo*, Fernando Torres—Editor, Valencia 1979.

37. M. Dobb: *Teoría del valor y de la Distribución desde Adam Smith*, ob. cit., capítulo primero.

conformación y proyección de los modelos están, así, condicionados por la *visión del proceso económico del investigador*, es decir, por las condiciones histórico-sociales que conforman y limitan su cuadro mental. De ahí que, para Dobb, la alusión central del concepto *ideología* haga referencia al carácter de *relatividad histórica y social de las ideas*, en nuestro caso, de las ideas económicas.

En cuanto a la *relatividad histórica* de las teorías económicas, parece bastante claro, tal como indicábamos anteriormente, que un condicionamiento fundamental es el ejercido por los *problemas* que surgen a partir de un contexto social dado. Habría que citar aquí a Meek, cuando decía que “la economía, tal como ha llegado hasta nuestros días, ha estado siempre fundamentalmente interesada en el análisis de economías basadas en un sistema de mercado de cambio. Estas economías han experimentado diferentes estadios de desarrollo, en cada uno de los cuales los datos para analizar y los problemas prácticos que debían resolverse han sido diferentes hasta cierto punto”.<sup>38</sup>

En este sentido, puede entenderse mejor a Dobb cuando indica que la Economía constituye esencialmente una *ciencia aplicada*, vinculada muy de cerca a los problemas económicos y a las políticas reales. Es por ello por lo que *la teoría constituye una base esencial para la política*, disponiendo lo que se puede o no se puede hacer y con qué instrumentos puede alcanzarse un objetivo u otro. De esta manera, y volviendo al tema del apartado anterior, queda claro que en el desarrollo de la teoría económica lo positivo y lo normativo se han hallado plenamente fusionados, resultando muy difícil, o imposible, su separación.

Respecto al carácter aplicado de la ciencia económica, resulta de interés recoger, asimismo, la opinión de un autor como Seraphim, para quien la política constituye la última finalidad de la investigación económica.<sup>39</sup> Es decir, nos consagramos a la teoría no por la teoría misma: “la teoría no es un fin absoluto; el conocimiento de la realidad nos interesa en la medida en que constituye un instrumento para remodelar la vida socioeconómica. En otras palabras, interesa el conocimiento de las conexiones económicas como fundamento de la actuación práctica. En ese mismo sentido, señalaba también L. Gámir que “la economía no sólo busca conocer la verdad, sino aplicarla”.<sup>40</sup> Y Gunnar Myrdal todavía iba más lejos al indicar que, “rara vez, nunca, el desarrollo de la economía ha iluminado con su propia fuerza el camino de las nuevas perspectivas. La clave para la orientación continua de nuestra labor ha llegado normalmente de la esfera política”.<sup>41</sup>

38. R. Meek: *La Fisiocracia*, Ariel, Barcelona 1975, págs. 212-213.

39. H.J. Seraphim: *Política Económica General*. Ed. Ateneo, Buenos Aires 1961, pág. 9.

40. L. Gámir Casares: “El resurgimiento de la economía del bienestar: un resumen”, en *Información Comercial Española*, núm. 508, Diciembre de 1975, pág. 78.

41. G. Myrdal: *Asian Drama*, Londres 1968, Tomo I, pág. 9.

En definitiva, se trata de poner énfasis en la estrecha relación existente, a lo largo de la historia, entre problemática, teoría y política económica —una relación que, desde luego, no es sencilla o mecánica, sino compleja y dialéctica—. Es a eso a lo que se ha querido referir Dobb al hablar de la Economía como una ciencia aplicada, o al hablar de la relatividad histórica y social de las teorías económicas. En cuanto a la *relatividad social*, se trata de algo que, en gran medida, se hallaba implícito en el razonamiento anterior, pero que conviene aclarar y dejar explícito. Porque, si es cierto que los planteamientos teóricos obedecen al claro reto que ofrecen las cuestiones prácticas y políticas, no es menos cierto que dichos planteamientos adquieren también un contenido con una clara influencia de “posición de clase”. Como ha señalado, por ejemplo, Gunnar Myrdal en otro de sus escritos, “el hecho de que la teoría económica se desarrollara primero en Inglaterra, que entonces era el país más rico del mundo, y que en Inglaterra los estratos más ricos de la sociedad dominaran la ciencia económica, así como todas las formas de alta cultura, determinó la preferencia por ciertos enfoques y líneas de razonamiento”.<sup>42</sup> Y Myrdal pone como ejemplo de este tipo de “prejuicios”, el hecho de que el término desempleo no fuera usado comúnmente por la teoría sino hasta finales del siglo XIX, aunque, por supuesto, el paro era también alto mucho antes.

La historia del pensamiento económico, en efecto, no hace sino aclarar todo este tipo de interrelaciones, referidas, sin duda, al carácter relativo histórico—social de las teorías económicas. Así, por ejemplo, es sabido que los Fisiócratas y los economistas clásicos se hallaban interesados, principalmente, por cuestiones referentes a las condiciones de progreso económico máximo a largo plazo y a la distribución del producto neto nacional entre las distintas clases sociales. Y la doctrina del “orden natural” en la que se inspiraban, fundamentaba la política de “laissez faire, laissez passer” en los asuntos económicos. Una política, por otra parte, conveniente a los intereses de la clase productiva agraria —los arrendatarios— en el caso de Francia, y conveniente a los intereses de la burguesía industrial ascendente, en el caso de Inglaterra. En este sentido, son conocidas las posiciones de Adam Smith frente a los Mercantilistas, y las de Ricardo frente al Banco de Inglaterra y la ley de Granos. Por otra parte, y para abundar en la misma idea, es también sabido que la defensa a ultranza del “laissez faire” y del libre cambio internacional llevado a cabo en Inglaterra, donde aquélla doctrina principalmente se elaboró, no fue igualmente seguida en otras economías hoy desarrolladas —como Alemania, EE.UU., o Japón—, precisamente, porque, al no ser las pioneras en la industrialización, no gozaban de igual

ventaja relativa que Inglaterra, siendo distintos, por tanto, sus problemas o intereses de clase dominante. Y, en fin, otros ejemplos podían aducirse en relación a J.S. Mill, J.M. Keynes, etc.

En definitiva, llegamos a la conclusión, ya subrayada antes, de la estrecha relación existente entre Teoría y Política Económica, formando ambas parte —una parte difícilmente seccionable— de la Economía Política. Una ciencia social abierta y dinámica, como los sistemas económicos que trata de estudiar. Una ciencia social de carácter aplicado, como la ha conceptualizado Dobb. Y una ciencia social de carácter prescriptivo, como la ha calificado Homa Katouzian.<sup>43</sup>

En efecto, para Homa Katouzian la Economía es una ciencia prescriptiva —al igual que la Medicina— y no descriptiva. La división de la misma en una “Economía Positiva” y una “Economía Normativa”, según dicho autor, descansa en dos errores básicos: “1) que hay un cuerpo substancial (en realidad el principal, el ‘científico’) de conocimiento económico que es puramente *descriptivo*, y 2) que el cuerpo restante de conocimiento económico —en relación con temas de política económica— es *normativo*, es decir, que pertenece a cuestiones de opinión sobre juicios morales”.<sup>44</sup> Katouzian, después de distinguir los juicios morales o enunciados éticos de los juicios políticos o enunciados prescriptivos —los primeros contienen explícitamente cuestiones relativas a opiniones de carácter personal, en tanto que los segundos se hallan abiertos a la crítica y, al menos en principio, los hechos reales pueden probar que son falsos—, afirma que la Política Económica no implica categóricamente juicios morales, aunque sí juicios políticos o enunciados prescriptivos. Pero, “no sólo los enunciados de política económica, sino casi todos los enunciados fundamentales de la ciencia económica son de un modo u otro prescriptivos; es decir, la economía es característicamente no una ciencia “positiva” —esto es descriptiva—, sino “normativa” —esto es, prescriptiva—”.<sup>45</sup> Y Katouzian repasa las aportaciones de Adam-Smith, Ricardo, John Stuart Mill, Los neoclásicos, etc., e indica que “correctas o incorrecta, todas ellas son *teorías prescriptivas*: pretenden ofrecer los mejores métodos para conseguir objetivos privados o públicos que se presumen deseables. Incluso las teorías que se ocupan de las condiciones de equilibrio micro y macroeconómico y su estabilidad tienen esa naturaleza prescriptiva”.<sup>46</sup> Ahora bien, que la Economía sea esencialmente una ciencia prescriptiva no significa, según Katouzian, que sea una disciplina intrínsecamente no científica, ni que las teorías

43. H. Katouzian: *Ideología y método en economía*, Ed. Blume, Madrid, 1982.

44. *Ibidem*, pág. 180.

45. *Ibidem*, pág. 178.

46. *Ibidem*, pág. 179.

económicas sean en sí mismas “cuestiones opinables”. Como ciencia prescriptiva, la Economía pretende “ofrecer soluciones científicas a problemas económicos reales que sucede que son de naturaleza normativa”. La científicidad es esencialmente una cuestión de método y perspectiva y no de la descriptividad o prescriptividad de las teorías”.<sup>47</sup> Las teorías económicas pueden ser objetivamente correctas, pero para ello han de estar abiertas intrínsecamente a la crítica y sus predicciones han de concordar con todos los acontecimientos reales posibles. Es decir, si las teorías económicas no son científicas no será a causa de que se ocupen, por lo general, de problemas prescriptivos, sino porque muchas de ellas son inmunes a la crítica y a la contrastación empírica.

En suma, pienso que esta posición de Katouzian viene a reforzar la de Dobb y la mía propia, en el sentido de que la Economía Política responde, como un todo, a los problemas de la colectividad, y que, en su seno, resulta muy difícil, o imposible, desgajar la Teoría Económica de la Política Económica. Al menos, si por ello se quiere entender el distinguir una Economía Positiva de una Economía Normativa, cosa que hemos discutido, y a mi entender rebatido, a lo largo de este artículo.

47. *Ibidem*, pág. 181.